

Los demonios de los creadores

¿Es la melancolía la mejor fuente de inspiración? Muchos artistas así lo han creído, sobre todo los románticos y especies afines, a los que la angustia les sigue sentando bien

Hay tantas canciones de desamor como de amor, si no más. La melancolía, esa mezcla de tristeza y abatimiento, ha sido uno de los grandes motores de la creación literaria y artística, hasta el punto de que ya se toma como una verdad contrastada de que aquel que es feliz y tiene una vida plena carece de razones para malgastar su tiempo tratando de hacer una obra de arte. Si alguien lo hace, es porque le pica el descontento.

La melancolía, la angustia, el aburrimiento e incluso la depresión forman parte del catálogo de demonios de los creadores, que cuentan con una larga y fructífera historia. A contarla desde múltiples perspectivas—literarias, artísticas, filosóficas, científicas—se dedica Xavier Roca-Ferrer en su libro *El mono ansioso* (Arpa editores), que comienza con esta cita del poeta romántico Hartley Coleridge (hijo de Samuel Taylor): “Solo existe una musa: Melancolía (...) Inspiró a Milton y a Miguel Ángel, a Swift y a Hogart. Todos los hombres de genio son melancólicos, sobre todo los que se dedican a lo cómico”.

¿Por qué un artista que ha triunfado a lo grande aparece en las fotos tan mohino? ¿Por qué insisten en una negrura interior cuando ahora, en tiempos de ligereza si no de banalidad, el optimismo y el estar siempre positivo tienen tan buena prensa, a pesar de la escasez

de buenas noticias?

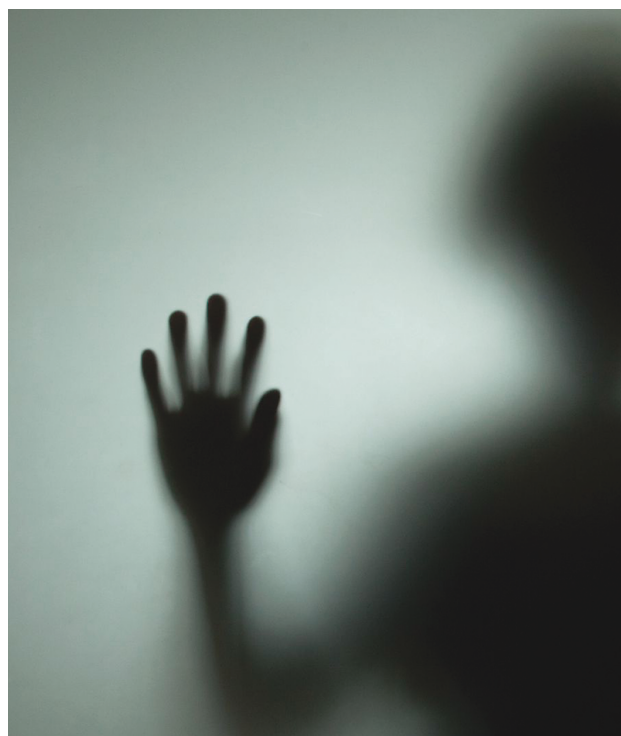
Si bien la elaboración cultural de los sentimientos puede parecer en algunas ocasiones demasiado melodramática, el autor aclara que fenómenos como la ansiedad o la angustia no siempre son negativos. Los psicólogos y neurobiólogos alertan de que a veces son la señal de una amenaza exterior que conviene tenerla en consideración para adaptarse. Pero en estas reacciones adaptativas no acaba todo. “Nacido con una conciencia capaz de reflexionar, la angustia es el precio que paga el hombre por el don natural de la reflexión y en modo alguno la señal de un desequilibrio patológico, aunque pueda llegar a serlo. En cuanto el hombre empieza a pensar, comienza a buscarle un sentido a su vida”, escribe Roca-Ferrer.

Lo puede encontrar en la fe, religiosa, política o futbolística, o en varias combinaciones de esas variedades, pero quien no se sienta del todo satisfecho con ellas sentirá el agujijón de la angustia, desde poeta latino Lucrecio al maldito Cioran, desde el “llorón” Heráclito al “compasivo” Schopenhauer, argumenta el autor.

A pesar de su grado de civiliza-

ción, o quizá por ello, los griegos clásicos se sintieron atraídos por el pesimismo. “El hombre que le pide a la vida/ más de lo que es razonable/ mucho se engaña”, escribió Sófocles en la tragedia *Edipo en Colono*. Pitágoras, el célebre matemático, sentó la base de la teoría de los humores que, dentro del cuerpo, marcaban el carácter de las personas. Uno de ellos era la *bilis negra*, o melancolía, de la que se siguió hablando como si existiera hasta el siglo XIX. El primer neurocientífico de la historia, Hipócrates, que vivió hace 2.500 años, también la tuvo en cuenta. Fue Platón en su *Fedro* el que dio carta de naturaleza a la melancolía como energía oscura para la creación, al distinguir la que es causa de una patología y la que azuza la inspiración.

Roca-Ferrer sigue sin desfallecer la trayectoria estos demonios a la largo de toda la historia. Pasa por la fructífera—en este aspecto—Edad Media y por el Renacimiento, pero como de algún modo debemos tomar un atajo saltaremos a otra época también muy jugosa para los asuntos de la melancolía: el barroco y más en concreto su pintura. Fue la época de las luchas religiosas entre reformistas y contrarre-



mistas. Las élites se sumieron en el agobio interior y artistas como Rembrandt trascendieron los retratos para ejemplificar a través de escenas ejemplares de la Biblia y la mitología, pintadas con un fuerte sentido teatral, la vanidad del mundo. El tenebrismo de Caravaggio tuvo un gran éxito en Europa, en Italia a través de su hija Artemisia, de Orazio Gentileschi y de Carracci. A partir de 1643, el francés Georges de la Tour pinta casi exclusivamente cuadros nocturnos, iluminados por una vela, que proyecta luz blanca o rojiza sobre las figuras.

El caravaggismo tuvo en España a seguidores de la altura de José de Ribera y Zurbarán. “Resulta imposible contemplar las imágenes de los santos ascéticos (a veces martirizados, a veces meditando o haciendo peniten-

cia, pero siempre cargados de angustia) de un Ribera sin evocar las obsesiones de la época por la muerte, el pecado y el arrepentimiento. Son ejemplos pintados de un terrible malestar existencial generalizado que domina la sociedad de la época, inducido y difundido por la Contrarreforma tridentina, que estuvo a punto de prohibir la polifonía en la música religiosa”, escribe Roca-Ferrer. Las *vanitas*, como género artístico, se dedicaron a resaltar a través de sus características calaveras el paso efímero de la vida y sus placeres y el destino mortal de los seres humanos.

El auténtico protagonista del siglo XVII, sostiene el autor, es el pecado original, la insistencia en que comenzamos con una pesada carga de la que solo nos libramos en la otra vida si

La desesperación de Cioran, el optimismo de Diderot y la economía de la felicidad

La desesperación es noticia, al menos desde el punto de vista editorial, ya que Tusquets acaba de publicar los dos primeros volúmenes de la Biblioteca Cioran. El rumano Emilie Cioran (1911-1995), asentado desde muy joven en París y uno de los estilistas más finos de la lengua francesa en el siglo XX, hizo de las enfermedades del alma su gran y único tema. Las recorrió hasta sus más ocultos rincones, le mostró una devoción sin desfallecimientos y hasta, cómo no,

se rió de ella.

La editorial catalana se ha encargado de publicar sus textos en las últimas décadas y ahora reedita sus *Cuadernos* (1954-1972), así como su primer libro, de 1934, titulado elocuentemente *En las cimas de la desesperación*. En esta obra está el germen de sus desarrollos posteriores. Si la muerte es un acto que muestra la radical soledad del individuo, empeñarse en tener amigos y vivir en sociedad le parece al filósofo una pérdida de tiempo.

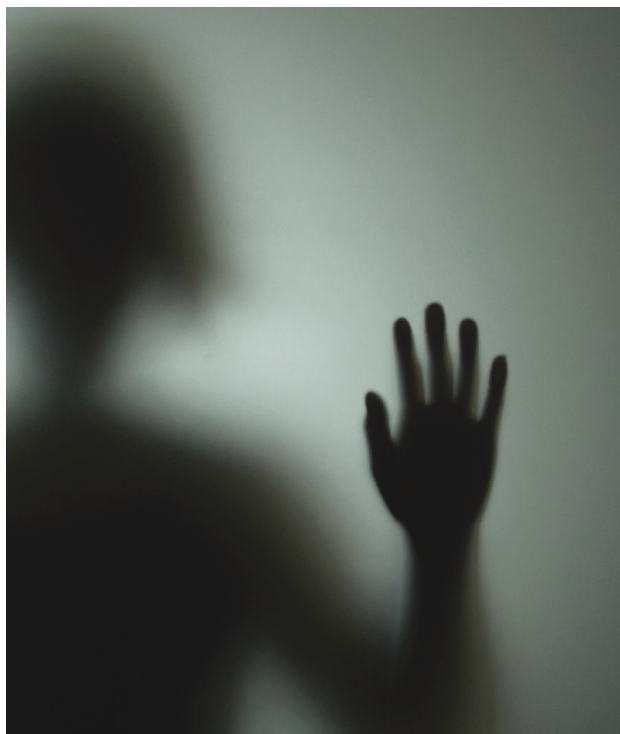
Más optimista fue Denis Diderot. La Ilustración es inseparable de la confianza en el progreso, en que las cosas pueden mejorar en todos los aspectos si nos libramos de los poderes absolutos y de la superstición. Según el

historiador Andrew Curran, que acaba de publicar en *Diderot y el arte de pensar libremente* (Ariel), el filósofo francés devolvió el sufrimiento cristiano como fuente de la virtud y se acerca al hedonismo griego. No hay

nada moral en el dolor y esta concepción que valora el placer se traslada al campo político como el derecho a la felicidad, que la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de 1776 y la Declaración de Derechos del Hombre y el Ciudadano de 1789 recogen.

Indica Xavier Roca-Ferrer que en el siglo XVIII se publicaron más de cincuenta tratados sobre la felicidad. A Diderot, tal avalancha le hizo cualquier cosa menos feliz, porque “los felices que escriben sobre la felicidad

/// Cioran, uno de los estilistas más finos de la lengua francesa en el siglo XX, hizo de las enfermedades del alma su gran y único tema



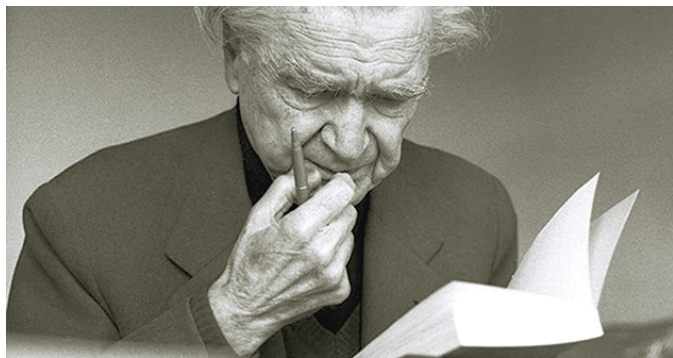
nos portamos impecablemente bien en esta. Desde esta perspectiva, se entiende que el ambiente no estuviera para muchas fiestas.

Habrà que llegar a la siguiente época, la Ilustración, para que los nubarrones se despejen, aunque no del todo, según el autor. Por ejemplo, la imagen común de los salones parisinos tiene más que ver con las versiones cinematográficas de *Las amistades peligrosas*, y con su encubrimiento del placer libertino, que con la angustia. Pero a una de las que más mandaba en ellos, Madame du Deffand, le oprimía el sentimiento de la nada. Y uno de sus contortulios habituales, Voltaire, empezó defendiendo los placeres mundanos pero ya en *Zadig* (1746) afirmaba que "los hombres son insectos que se devoran unos a otros sobre

una bola de estiércol".

A finales del siglo XVIII y principios del siguiente comenzó a tomar forma el terror literario, con el *Frankenstein* (1814) de Mary Shelley a la cabeza, que con tanto alborozo leyeron los románticos franceses como Victor Hugo, Nodier, Merimée, Gautier y Nerval. El llamado *mal de siècle*, el trastorno propio de aquel presente y de aquella época, estaba tomando forma. Los creadores basculaban entre un ambiente de guerras e inestabilidad máxima y los demonios

La melancolía, la angustia, el aburrimiento e incluso la depresión forman parte del catálogo de demonios de los creadores



Tusquets publica los dos primeros volúmenes de la biblioteca de Emile Cioran

se limitan a contarnos la historia de su propia felicidad". Y esto, sí, suele derivar en el aburrimiento o en la melancolía.

¿Son felices los ricos? Los intelectuales de la Ilustración se hi-

cieron una y otra vez esta pregunta, y contestaron que no necesariamente, porque la riqueza multiplica los deseos, la vanidad y las frustraciones. Una respuesta más actualizada la encontra-

mos en la recién publicada *Historia económica de la felicidad* de Emanuele Felice (editorial Crítica). El autor define la felicidad a partir de tres condiciones, el margen de libertad respecto li-



"El sufrimiento y el dolor son inseparables de una gran inteligencia, de un gran corazón"

de la introspección, el análisis constante de uno mismo que en el *Adolphe* de Benjamin Constant y en autores posteriores como Baudelaire y Rimbaud alcanzan su máxima expresión.

"El romanticismo llegó para quedarse", escribe Roca-Ferrer. Hasta hoy, cabría añadir. En el mismo XIX se produce una eclosión histórica de la música, con Beethoven y Wagner a la cabeza. El primero buscaba anhelante ser consecuente con su *Himno a la alegría*, pero le costaba muchísimo porque no entendía las acciones de la gente. A Wagner le han estudiado *post-mortem* los psicólogos y psiquiatras más prestigiosos para desenredar el misterio de su exuberante creación, sublime, terrorífica, tan grandiosa que es como para dar un paso atrás en cuanto se empieza a escuchar. Aparte de su carácter difícil —es decir, insoportable— y de posibles diagnósticos de bipolaridad, conoció la angustia muy de cerca, cierto que a veces por causas objetivas. Le comían las deudas, le maltrataba la crítica y él seguía con una obra titánica que solo la posteridad le ha reconocido.

Nietzsche criticó el nihilismo por ser a su juicio un asunto de seres débiles, incapaces de afrontar la monstruosidad de la



Edvard Munch anticipaba en *El grito* la angustia de la primera mitad del siglo XX

vida. Su contemporáneo Dostoyevski rebajó la solemnidad nietzscheana y partió del hecho de que no existían los superhombres. Al contrario, según Raskolnikov, el estudiante asesino de *Crimen y castigo*. "El sufrimiento y el dolor son inseparables de una gran inteligencia, de un gran corazón".

El terreno estaba abonado para que surgieran figuras como Freud y movimientos como el existencialismo, fruto también de las dos guerras mundiales en un periodo de treinta años. Para el fundador del psicoanálisis, el melancólico es aquel cuya conciencia le juzga severamente y le reprocha la baja de sus actos. Años antes, en 1893, Edvard Munch había anticipado en su obra *El grito* la angustia que se ceñía sobre la tormentosa primera mitad del siglo XX.

Para existencialistas como Heidegger, el ser humano es un ser-en-el-mundo, arrojado a él,

proyectado hacia sus posibilidades y angustiado por ellas. Salvando las enormes distancias, Sartre discurría en paralelo y pensaba que ese vasto campo de posibilidades con que nos encontramos nos acaba angustian-do. Y no hay manera de evitar esa libertad existencial que se nos presenta y nos caracteriza.

Roca-Ferrer dedica un último capítulo a la "democratización de la melancolía". Resistir a la presión, también a la que nosotros nos infligimos, se ha convertido en una de las primeras tareas de la vida. En una sociedad competitiva, el síndrome del perdedor acecha. El consumo satisface al momento pero su efecto se evapora enseguida. Ya no hay que el ser el autor de genio de Dostoyevski para caer presa de la melancolía. Ahora eso está al alcance de cualquiera.

Iñaki Esteban



Advierte Felice que todos escribimos nuestro destino, o nuestra felicidad, así que no vale lamentarse

mitaciones materiales y a las que pudieran poner sobre nosotros otras personas; la riqueza de las relaciones sociales; y la satisfacción con el sentido de la vida. A partir de estas características, el autor se embarca en una reescritura de la historia económica global basándose en cómo las épocas y sus sociedades han pensado la felicidad. Una interesante y original empresa.

El éxito de las sociedades de cazadores y recolectores, el aumento de su calidad de vida, se transformó en un deseo de expansión. Así nació la revolución

agrícola, que no fue del todo bien: exigió mucho esfuerzo y sufrimiento, mucho dolor. Ahora "la desigualdad global hiere el sueño humanista", que no es otro que el de unir economía, valores culturales y civilizatorios y la ética que se destila de ellos. Pero advierte Felice que todos escribimos nuestro destino, o nuestra felicidad, así que no vale lamentarse, aunque es verdad que a veces la desgracia castiga de una manera del todo inhumana.

I. E.